

# La mujer objeto. La femineidad en el juego de los imaginarios

*Humbelina Loyden\**

Una denuncia frecuente del feminismo es la de que se toma a la mujer como "objeto sexual"; y con ello, la imposibilidad de considerarla sujeto, en términos de igualdad o alteridad. Algo culturalmente establecido y aceptado es utilizar el cuerpo de la mujer en los medios de comunicación de masas, lo que vendría a reafirmar la hipótesis anterior.

Pero uno se pregunta, ¿qué pasa con las mujeres? ¿ellas se someten y **prestan** su cuerpo? (aunque están las que se resisten y se niegan a ser colocadas en esa categoría) ¿Puede afirmarse que las que lo hacen son víctimas pasivas de una dominación patriarcal? ¿Cómo y cuál es su participación en ese juego?

En este breve ensayo será imposible responder ampliamente a la multiplicidad de preguntas que podemos hacernos al respecto, por la variedad de situaciones a las que se puede hacer referencia. Sin embargo, trataremos de abordar la problemática en una de sus vertientes, es decir, cómo es que una mujer se asume en tanto objeto; cómo es que ella misma se coloca en el lugar de *objeto causa del deseo* y al hacerlo pasa a ser soporte del fantasma erótico del varón.

Para ello habrá que dejar de considerar a las mujeres como víctimas pasivas de la dominación masculina, Berta Hiriart ya lo ha

\* Psicoanalista y docente investigadora de la UAM-X.

dicho: "las mujeres no somos corderitas inermes, es necesario cambiar la autoimagen, porque es degradante y además es falsa".<sup>1</sup>

La relación hombre-mujer, es una relación fundamentalmente de poder. La sociedad no sólo es falocéntrica sino falocrática, o *falogocéntrica* como dirá Derrida;<sup>2</sup> y las diferencias psíquicas de los sexos tienen consecuencias políticas.<sup>3</sup>

La lucha que se da entre los sexos, es una lucha por el poder. El dominio del poderoso se ejerce de dos maneras: por coerción o por consenso. Gramsci ha trabajado este asunto del consenso a nivel macrosocial, mientras Foucault lo ubica en la microfísica del poder.

Los planteamientos de Foucault nos permiten adentrarnos en los mecanismos del consenso, sobre todo cuando plantea que si el poder no tuviese por función más que reprimir, si no se ejerciese más que de una forma negativa, sería muy frágil. Si es fuerte es debido a que produce efectos positivos a nivel del *Deseo* y también al nivel del saber.<sup>4</sup>

El poder del hombre aparece como un poder explícito, (así como en la mujer aparece oculto) en esto la sociedad da su respaldo, y no se puede negar la cantidad de violencia que en determinados momentos éste ejerce sobre la mujer (mujeres violadas, maltratadas). Sin embargo, la dominación también sigue otros canales menos claros: ahí donde se juega el consenso, y el *Deseo*, estaría el caso que nos ocupa.

¿Cómo es que una mujer acepta colocarse en el lugar de *objeto sexual*? la respuesta pudiera ser simple: por las ganancias materiales y afectivas que obtiene, pero.. ¿porqué el hombre la coloca ahí y ella lo permite? ¿hay algo más que esas ganancias? Posiblemente sí. Y es aquí donde el psicoanálisis puede auxiliarnos a fin de desarmar un tanto la trama, esa de la vida cotidiana donde hombres

<sup>1</sup> Iriart, Berta, "Cuchillo invisible", en: *Revista FEM. Mujeres y Violencia*, Diciembre-enero de 1984, Año 8, núm. 57, México D.F.

<sup>2</sup> Mendiola Mejía, Salvador, "Derrida, una idea de la de(s)construcción y lo que las mujeres quieren" en: *Debate feminista. El Feminismo en Italia*, Año 1, vol. 2, septiembre de 1990.

<sup>3</sup> Saal, Frida, "Algunas consecuencias políticas de la diferencia psíquica de los sexos", en: *A medio siglo de El malestar en la cultura de Sigmund Freud*, Ed. Siglo XXI, 5a. Ed., México, 1988.

<sup>4</sup> Rosas, Ana M., "Hacia una teoría de las transacciones desiguales: aportaciones de las discusiones antropológica y sociológica al debate feminista", en: *Debate Feminista. El feminismo en Italia*, Año 1, vol. 2, Septiembre de 1990. p. 306.

y mujeres se insertan y que si bien, tiene que ver con las estructuras sociales, también tendría que ver con las estructuras psíquicas.

Estructuras sociales y psíquicas no como instancias opuestas, sino en una relación de *extimidad*. (Una relación de *extimidad* es cuando lo más íntimo aparece como más exterior, y lo más externo, íntimo).

En un afán de atrapar por algún lado el problema de las diferencias sexuales, Lacan echa mano de símbolos lógicos, ahí en el *Seminario XX* cuando presenta las fórmulas de la sexuación.<sup>5</sup>

A partir de una disimetría, las diferencias quedan marcadas por su ubicación en dos distintos lugares respecto al "goce". Lacan al dar una vuelta de tuerca en la teoría psicoanalítica aborda el problema de la femineidad desde una teorización sobre "los goces".

En las fórmulas de la sexuación ubica dos lugares: lugar **Hombre** y lugar **Mujer**. Subjetivamente se trata de sitios diferentes, y no tienen que ver ni con la biología ni con la anatomía necesariamente; son, de hecho, consecuencia de un ordenamiento simbólico. Así, un sujeto puede colocarse en uno u otro lugar, independientemente de si anatómicamente posee pene o vagina.

Es entonces a partir de un ordenamiento simbólico que el sujeto se estructura en la diferencia como sujeto sexuado; diferencia establecida en el orden de la cultura, y que viene a rebelarse como un malestar. No un malestar causado por la cultura, como se piensa comúnmente cuando se alude a *la cultura opuesta al hombre*, sino un malestar en la cultura.

La sexualidad es por lo tanto una consecuencia de la organización significativa, sólo que esta organización significativa es falocéntrica, en el sentido que el falo será la medida o parámetro para los dos sexos.

De este modo, en el lugar **Hombre** estarán los sujetos que dicen sí a la función fálica, lo que los ubica de entrada como sujetos castrados, al acceder *goce fálico* que pone límite al goce absoluto. En tanto, en el lugar **Mujer**, Lacan afirma: no hay en el Otro el significativo que signifique su sexualidad. Hay un solo elemento a partir del cual se estructuran dos lugares: ese elemento es el Falo, y cada sujeto se posicionará respecto a él.

Las consecuencias de esta disimetría son de envergadura. **Hombre** y **Mujer** participan de igual manera en un goce llamado fálico, en la medida en que dicen sí a la función fálica, pero del lado **Mujer**, queda señalado, que ella "no es toda", en ese goce. Los sujetos que

<sup>5</sup> Lacan, Jacques, *Seminario XX, Encore* (Seminario Aún), Ed. du Seuil, París, 1975.

se colocan del lado **Mujer**, dicen sí y dicen no al mismo tiempo a la función fálica. Al no ser toda en la función fálica, tampoco su goce se ubicaría enteramente en el goce fálico. Habría entonces, un **plus-de-goce**, un goce más allá del falo, un goce **Otro**, insimbolizable, remitido a lo real.

En la lógica seguida por este autor, se dice que: **LA mujer no existe** (tachando el **LA**) *Existen las mujeres*, una por una, pues éstas, a diferencia del lado señalado **Hombres** no forman un conjunto cerrado. De tal forma que la pregunta que una mujer se hace sobre su sexo, es clásica: ¿Qué es ser mujer? y ¿Cómo goza una mujer? Preguntas que quedan sin respuesta, o se responden con incertidumbre.

La femineidad, no parece ser en última instancia, sino cosa de hombres, son y han sido ellos los que han creado toda una mitología a su alrededor, a fin de llenar ese hueco, esa hiancia abierta a nivel significativo. En esa hiancia, los hombres han puesto sus propios miedos y temores, o bien sus deseos y necesidades. Ahí donde las palabras se detienen, se crea el mito.

Consideramos entonces, que al no existir el significante que signifique a la mujer se jugarán una serie de imaginarios, caleidoscópicos que buscarán taponear esa tachadura en el **Otro**.

Frente a la tachadura en el **Otro**, [S(A)], una mujer siempre se enfrentará a una traba subjetiva para asumirse en su *femineidad*. Estará "excluida de la naturaleza de las cosas que es la naturaleza de las palabras"<sup>6</sup>, el discurso es masculino y no hay un significante que la signifique en su sexualidad.

La sexualidad masculina está codificada, pues su deseo está referido al **Otro**, mediado por la palabra; la sexualidad femenina en cambio, al no tener un significante que la represente queda fuera del lenguaje. En todo caso la dialéctica falocéntrica la hace existir fundamentalmente como madre, pero también, en una situación fluctuante y frágil como objeto causa del deseo masculino.

El problema de la femineidad resulta, pues, complejo, diríamos conflictivo, y aunque *ser madre* aparece siempre como una respuesta que una mujer puede darse así misma, respecto a ese "ser mujer", ésta es sólo una solución momentánea. Hay otra posibilidad, y esta es Ser el falo... es decir el significante del deseo del **Otro**.

Vemos entonces, que *Ser el falo* es otra forma en que la mujer intenta solucionar el enigma que ella misma representa para sí. Sin

<sup>6</sup> Lacan, Jacques, *op. cit.*, p. 68 (en español, p. 89).

embargo esta posibilidad de *ser el falo*, no subsiste independientemente de la mirada del **Otro**. La mujer busca su femineidad y cuando la encuentra estará relacionada con la *perversión masculina*, puesto que para un hombre una mujer estará en su fantasmática como objeto "a", y así se constituye en la causa de su deseo.<sup>7</sup>

En la medida en que una mujer es tomada en el deseo del hombre, pasa a **SER el falo** (falo imaginario). Ella es su completud. Entra de esta manera en un juego de reflejos narcisísticos. Se ama o reconoce así misma a partir del lugar de reconocimiento que el hombre o que un **Otro** le otorga. Se crea así una gran dependencia, y una situación de fragilidad narcisística para la mujer.

Ciertamente, Eugenie Lemoine,<sup>8</sup> nos dice:

A propósito del narcisismo en las mujeres, que la pulsión escópica gobierna la libido femenina, y en esa medida la mujer presenta una estructura y una patología narcisistas.

Dado que este lugar de falo, *ser el falo*, ser la completud para alguien, es un lugar sostenido por la mirada de un **Otro**, puede suceder que se produzca una estrepitosa caída, cuando esta mirada se desvía, hacia otro lugar, *hacia otra mujer*. Esto resulta catastrófico para ella en cuyo caso es posible que vaya permanentemente al encuentro de otras miradas (y a veces de otras camas) que la confirmen en ese *supuesto ser mujer*.

Una mujer colocada en ese lugar de objeto *a*, será fetichizada. Es como fetiche que la mujer se ve deseada por el hombre, pero en ello su ser en tanto sexuado, queda excluido, pues en el fantasma masculino se precisa únicamente como objeto parcial, parte o pieza desprendida del cuerpo, no es una mujer como un **Otro**, como un sujeto igual a él, en su completa alteridad.

Más aún cuando un hombre mira a una mujer, ella misma se observa pero desde el ojo del **Otro**. Este juego especular se fija desde lo más arcaico en la vida de la niña, pues lo que ella ve en la mirada del **Otro** (un hombre, y que ella colocará en el lugar del **Otro**) o los otros, estará siempre impregnada de esa mirada que viene del **Otro**, de ese **Otro** primigenio que ha sido la madre (en el

<sup>7</sup> Fantasma, el lugar del engaño, punto límite, pantalla que recubre lo real del objeto, del objeto *a* ausente porque está perdido, es un real imposible, en la imposible completud.

<sup>8</sup> Lemoine-Luccioni, Eugénie, *La partición de las mujeres*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, Argentina. Traducción Todor P. Lacman, p. 57.

estadio del espejo). Así lo que ella ve en la mirada del **Otro**, de los otros, es esa mirada del **Otro**, del Otro materno, que significa retro-activamente el lugar que la madre le ha dado en su propio deseo.

La hija puede aparecer a la mirada materna no sólo como insuficiente (para constituirse en el falo), por ser mujer, como ella, sino insuficiente también en su encanto y belleza. En el movimiento de reversibilidad, en donde el yo es la imagen del **Otro**, es ahí que aprende a reconocerse, en esa mirada la niña queda atrapada, enajenada. Podríamos decir, que al igual que el hijo varón, también pasará por esta alienación, ahí donde él es *el deseo del Otro*.

Sin embargo, ¿qué es lo que la madre mira? ¿cómo se constituye el yo ideal para la niña? ¿y no es aquí que se juega ya algo del orden de las diferencias de los sexos, en la medida que la relación especular es diferente para la niña o el niño?

En todo caso es posible aseverar que se está frente a la posibilidad-imposibilidad de que ella pueda ocupar el lugar del falo para la madre, y ahí está su mirada, ésta del **Otro** para ella; luego más tarde, podrá estar la del padre, en el momento edípico de la versión hacia él, cuando surge en la pequeña la coquetería y la seducción. Pero puede ser que esa mirada, la del padre, nunca esté presente para cofirmarla y darle un lugar de reconocimiento.

De todas formas ¿Cuál es ese lugar que el padre le otorga? ¿Es posible pensar que *también* la mirada del padre, para la niña, tiene una particular importancia? En la versión hacia él, la pequeña va buscando algo, algo que a ella le falta, ¿el falo? ¿el hijo? ¿algo más? éste será ahora el lugar de su demanda.

Después aparecerá la mirada de los demás que la rodean, ésto es un hecho singular en el narcisismo femenino, en el que se erotiza y narcisiza todo su cuerpo. Se crea de esta manera una gran dependencia de lo que podríamos calificar como: *sistema especular*, cotidiana y permanentemente la mujer se mirará en el espejo que constituye la mirada de los que la rodean. El peligro para ella es caer en la identificación alienante, como sería el caso de la histérica.

Eugenie Lemoine<sup>9</sup> afirma que en ese **darse a ver**, la mujer, encontraría su estatus de sujeto, y dice:

Pero al ofrecerse así a la mirada, al **darse-a-ver-verse**, desea **ver-ser-vista**, la mujer -salvo que caiga en la alienación completa

<sup>9</sup> Lemoine-Luccioni, Eugénie, *op. cit.*, p. 61.

de la histérica- provoca en el Otro un encuentro y una respuesta que le dan placer.

un poco adelante, agrega:

El peligro es que se produzca un fenómeno de identificación alienante y la correspondiente escotomización del deseo (...) lo cual puede suceder, cuando la madre se fija en la contemplación de la hija, como su imagen, pues entonces la hija tropieza con la barra de la identificación y la pulsión escópica vuelve sobre sí-misma, (...) Sólo hay reflejos del mismo, sólo si el tercero, el padre cumple su función de interruptor, la hija pierde una imagen embaucadora, y recupera su deseo, y el que se hace objeto de su deseo, es el *Otro de la Madre*, es decir, el padre. Se da a ver, entonces, al padre. A cargo de este padre, queda responder en tanto sujeto castrado y deseante.

Sin embargo el peligro de la alienación siempre está ahí, ya que, por otro lado, una mujer vale en tanto objeto y ella lo sabe, es más, este lugar de objeto-falo (y aunque colocada ahí por un **Otro**, o por otros), le abre un espacio de poder del que sin duda hará uso y abuso, tomando así el papel del amo (en esa dialéctica del amo y del esclavo).

La mujer en la línea de su deseo se ve hasta cierto punto en la necesidad de ser ese falo en tanto es el signo mismo de lo desado (...) pues es el objeto causa del deseo del **Otro**; significativo del deseo del **Otro**, un **Otro** que no es más que el otro sexo.<sup>10</sup>

Un hombre se orienta hacia el encuentro de una mujer de valor fálico, lo que le permite negar, evadir su propia castración. La mujer en ésto será su cómplice identificándose a eso que le falta al **Otro** y haciendo brillar los atributos que le confieren ese valor.

Más aún, la economía sexual masculina, no puede prescindir en su fantasma del *objeto-fetiché* que cause su deseo, y una mujer se presta y es soporte de ese fantasma. En la medida que su valor narcisístico se ve acrecentado, a ella le gustará el juego, pues pasará a ser "alabada" "amada" y hasta "venerada" como una diosa. Será colocada en un altar.

<sup>10</sup> Lacan, Jacques, *Las formaciones del Inconsciente*, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 1979, p. 113.

Es aquí donde toma todo su sentido la *pasividad* femenina, esa que requiere de una gran actividad, como ha sido señalado por Freud. "Hacerse mirar", "hacerse amar", de tal forma que propicie: "la verdadera cristalización de la causa del deseo".<sup>11</sup>

En la medida, que su *cuerpo-objeto-fetiche* se presta para la escenificación fantasmática masculina, la mujer, "tiene que mantenerse a la suficiente distancia, en el lugar que conviene a la proyección de ese fantasma."<sup>12</sup> Es una distancia necesaria a fin de no perturbar la lógica del deseo en el varón; en cuyo caso, puede ser que se vea coartada la expresión de su propio deseo.

En la escenificación fantasmática pone en juego los velos y la mascarada, (el fantasma recubre a manera de pantalla, lo real inaccesible, del objeto..). En la trama imaginaria de lo cultural está muy establecido, el misterio de lo femenino que los velos cubren, se cultiva en los burdeles y teatros de revista, así como en la intimidad de la alcoba. La mujer debe aparecer *velada*, es decir cubierta a medias, para dejar el resto a la *imaginación*. El velo aporta un valor fálico al cuerpo de la mujer, y éste se traduce en valor fálico para el hombre al provocar su erección.

La mujer objeto se introduce de esta manera en una red de imaginarios, ahí donde su cuerpo se cosifica fetichizado. Lacan afirma:

Es para ser el falo, es decir, el significante del deseo del Otro que la mujer va a desechar una parte esencial de la femineidad, concretamente sus atributos en la mascarada.<sup>13</sup>

El tema enunciado sólo queda planteado, y nos surgen una serie de preguntas: ¿Se trata de una identificación imaginaria a un significante? ¿es en este movimiento identificatorio, que ella alcanza un estatus de *sujeto*? o bien, ¿esta identificación imaginaria es encubridora de lo que se coloca *en un más allá*, más allá del falo, ya que ella *no es toda* en el goce fálico? Nos parece que éste es un campo abierto a la polémica teórica, y que plantea problemas aún no resueltos.

<sup>11</sup> Pommier, Gérard, "L'exception féminine. Essai sur les impasses de la jouissance" (La excepción femenina. Ensayo sobre los impases del goce), Point Hors Ligne, París, 1985. *Problemas Actuales del Psicoanálisis*, p. 83.

<sup>12</sup> Pommier, Gérard, *op. cit.*, p. 83.

<sup>13</sup> Lacan, Jacques, "La significación del falo" en: *Escritos 2*, Siglo XXI, 12a. Edición, México, 1985, p. 674.